

El balance de 1993: El mundo nuevo y sus insatisfacciones

Fred Halliday
Profesor
de Relaciones Internacionales,
London School of Economics,
Londres

Cabe entender los acontecimientos de 1993 en el contexto más amplio de la evolución y los conflictos del mundo de la posguerra fría. En los últimos cuatro años, el mundo ha experimentado un terremoto estratégico e intelectual comparable en sus efectos, aunque no, por lo menos hasta el momento, en cuanto a sufrimiento humano, a la primera y segunda guerras mundiales. Un sistema hegemónico, y su correlativo reparto del poder, se han derrumbado. El mapa de los Estados se está rehaciendo. Un grado de incertidumbre sin parangón desde la década de los treinta predomina en el escenario internacional.

El año 1993 no ha registrado modificaciones drásticas en los procesos desencadenados por el vuelco general de los asuntos mundiales, sino que ha supuesto su continuación sin llegar a resolver, se diría, ninguno de los múltiples componentes de esta transformación global. Esta apreciación se desprende del examen de lo que el año ha dado de sí, examen que resulta más sencillo si se distribuyen los acontecimientos en cuatro categorías principales: primero, la evolución de las relaciones de las grandes potencias; segundo, la evolución de las nuevas potencias intermedias y regionales en el escenario internacional; tercero, la continuación y, en algún caso, la amplificación de los conflictos étnicos y otros conflictos "regionales" que han estallado con el desplome del comunismo; en cuarto lugar, el avance, selectivo pero significativo, de procesos diplomáticos ideados para reducir la tensión internacional. El año 1993 no ha sido ni un año de crisis global ni de grandes resoluciones: ha continuado, con su carácter contradictorio, la evolución del mundo posterior a 1989. El año 1993 no ha presenciado deficiencias importantes en las relaciones entre los grandes Estados, y en cierto grado ha mostrado una ralentización, un freno de la emergencia de nuevos Estados que, por razones estratégicas y económicas, se habían beneficiado del desplome del comunismo.

Las grandes potencias: apremios nacionales, incertidumbre internacional

La incertidumbre ha prevalecido en la orientación internacional de las tres grandes potencias -Estados Unidos, China y, sobre todo, Rusia-. En el caso de EEUU, la causa proviene en parte de factores comunes a la mayoría del resto de las democracias industrializadas: si bien en ninguna de las democracias consolidadas se ha puesto seriamente en entredicho el sistema político, la incapacidad para abordar los persistentes problemas económicos, visibles en el

estancamiento de la producción y las altas tasas de desempleo, ha ido acompañada de la crisis de legitimidad política en muchos de estos países. Esta crisis se ha hecho sobre todo patente en las dos democracias industrializadas que habían sido gobernadas por el mismo partido desde el final de la Segunda Guerra Mundial: Japón e Italia. En estos países, una serie de escándalos por corrupción, que en el caso de Italia han conducido al procesamiento de un segmento considerable de toda la clase política, y una generalizada desconfianza pública en los partidos tradicionales, han puesto de manifiesto un descrédito de los participantes en el sistema que se ha visto muy favorecido por el fin de la Guerra Fría y de los silencios y acomodamientos que ésta había impuesto. En el caso japonés, ello condujo al primer gobierno no dirigido por el Partido Democrático Liberal. En otras partes, notablemente en un grupo de países europeos, la incapacidad de los partidos socialdemócratas para ofrecer una alternativa válida a los oponentes de la derecha ha ido acompañada del aumento de los movimientos racistas de masas, los cuales, aunque electoralmente endebles, han provocado confusión en las correspondientes sociedades y dado la impresión de agravar la falta de visión y de credibilidad de los sistemas políticos occidentales, en el momento en que ha desaparecido su gran adversario.

En EEUU, la política ha venido marcada por el acceso de Clinton a la presidencia y la concentración de la nueva administración en las cuestiones nacionales -(reducción del déficit presupuestario y puesta en práctica de un programa sanitario). Ello responde a un cambio de la opinión pública estadounidense, fortalecido por los acontecimientos de bien entrado el año, que ha desplazado la preocupación por los asuntos internacionales hacia los nacionales. Pero incluso esto no ha resuelto los problemas de Clinton: aunque inició su gestión con un considerable apoyo popular y del Congreso, su popularidad ha caído en la segunda mitad del año, y la oposición republicana se ha mostrado mucho más vigorosa de lo esperado. Al mismo tiempo, a Clinton le ha resultado difícil fraguar, y no digamos

articular, una nueva política exterior. Su único gran éxito -el acuerdo palestino-israelí firmado en Washington el 13 de septiembre, acompañado del apretón de manos de Arafat y Rabin en público- se ha atribuido a los negociadores noruegos que ayudaron a su consecución, y, por lo demás, ha quedado eclipsado por la confusión de la actuación política con relación a otros tres países en crisis, Somalia, Haití y Bosnia.

Lo que esto refleja no son sólo las acciones políticas o las dificultades de la administración de Clinton, sino un giro de mayor alcance en la política de EEUU, donde ha existido, antes y después del fin de la Guerra Fría, una sensación de creciente crisis nacional, social y económica. En Estados Unidos se cree que el país está en declive. La economía se ha estancado durante algún tiempo y EEUU se ha convertido en el mayor deudor del mundo (el principal logro histórico de la igualmente olvidada ‘Revolución de Reagan’ es que ‘el dolar sigue teniendo por ahora más valor que el rublo’, como recientemente dijo un banquero). Los problemas nacionales -niveles de criminalidad, hundimiento de la infraestructura, drogas, educación- no cesan de crecer. Los norteamericanos establecen cada vez más comparaciones internacionales, algo que

“Los norteamericanos establecen cada vez más comparaciones internacionales”

no hicieron mientras primaba la rivalidad con la URSS y Estados Unidos gozaban de la supremacía económica. Así, la tasa de mortalidad infantil en Estados Unidos dobla la de Japón. En la capital, Washington, la tasa de mortalidad infantil es más alta que en Nepal. En Harlem lo es más que en Bangladesh. En su campaña electoral Clinton señaló que el salario de un trabajador industrial había descendido del primer al décimo lugar en el mundo. La productividad en EEUU ha crecido a razón de un tercio de la tasa de Japón, la mitad de la tasa europea. La criminalidad urbana es otra gran preocupación: Estados Unidos presenta el mayor porcentaje en el mundo de su población adulta en prisión, y hasta diez veces mayor que en otros países desarrollados.

Estas tendencias sociales, junto con la pérdida del predominio económico y la desaparición de un enemigo claro, global, han reavivado la especulación acerca del “aisla-

cionismo” de los Estados Unidos. En sentido estricto, ello no tiene sentido, por cuanto en lo principal (interacción internacional, comercio e inversión exterior), Estados Unidos está integrado al resto del mundo desde 1918 y constituye, desde el punto de vista de inversores y acreedores de otras partes, un objetivo tan preferente como lo fue en la segunda mitad del siglo XIX: sobre ello, los inversores japoneses en particular no albergan duda alguna. Menos claras son las consecuencias implicadas para la política estratégica de Estados Unidos, particularmente para su política militar. Constituiría una curiosa justificación de la teoría del equilibrio de poder que el declive de la URSS fuera seguido no del surgimiento de otro competidor global frente a EEUU, sino de una entropía persistente del poder americano. Desde 1989 el mundo se encuentra en una condición unipolar, y alterarla va a exigir mucho más que las dudas de Clinton o las abstenciones del Congreso. A más largo plazo, las potencias económicas rivales podrían llegar a formar bloques económicos y podrían surgir nuevas potencias militares con una orientación regional. Pero sigue siendo poco claro qué consecuencias va a acarrear al mundo esta situación anómala, con el retroceso de la mayor potencia no ante una presión externa sino ante una preocupación interna. No obstante, las opciones que tome esta sumamente imprevisible potencia global tendrán repercusión mucho más allá de sus propias fronteras.

De las otras dos grandes potencias, una de ellas, China, ha ido afianzando progresivamente su poderío militar y, más aún, su poderío económico en la situación posterior a 1989. China está incrementando los gastos de defensa alrededor de un 10% anual, programa éste que genera inquietud en todo el este de Asia e incita aumentos competitivos del gasto militar por parte de sus vecinos. El resultado es que el Extremo Oriente se ha convertido no sólo en el escenario de los cambios económicos más fundamentales en el mundo contemporáneo, en la región de mayor crecimiento y expansión comercial, sino también en el área de mayor expansión militar, la única región donde la carrera armamentística estratégica ha ido en aumento desde el final de la Guerra Fría. El crecimiento económico de China también ha

estimulado la situación siguiente: su economía ha crecido aproximadamente un 8% anual durante los últimos tres años, y su PNB (Producto Nacional Bruto) es el segundo del mundo, sólo superado por el de EEUU. En el año 1992 se registraron 40.000 convenios de inversión extranjera en las pujantes regiones costeras de China. A las evidentes consecuencias internacionales económicas y militares que esto comporta se agregan las tensiones internas e incertidumbres que todo ello produce en China: aumentan las disparidades entre las prósperas regiones costeras y las depauperadas regiones del interior, crece la presión de la migración incontrolada hacia las ciudades (algo que el gobierno comunista ha evitado hasta hoy -en China no existe el chabolismo-) y al régimen le resulta cada vez más difícil combinar descentralización económica y control político. Lo que es más importante, todo parece depender, en este país de 1.300 millones de habitantes, de la voluntad de un anciano que no puede permanecer largo tiempo en este mundo. Los pesimistas imaginan varios desarrollos sombríos: una China confiada y agresiva que reafirma el tradicional dominio sobre sus vecinos; una China militarista que instiga a Japón a reafirmar sus ambiciones estratégicas; una caótica guerra civil en China, tras la muerte de Deng, propagando el caos a lo largo de toda la región y lanzando millones de botes a los mares, hacia Japón en primera instancia. Merece la pena recordar que los grandes conflictos internacionales del siglo XX no empezaron en Europa sino en las rivalidades de los mares de China: la guerra sino-japonesa de 1894 y la ruso-japonesa de 1904 presagiaron la Primera Guerra Mundial, y la toma de Manchuria en 1931 y de la totalidad de China en 1937 por los japoneses dio paso a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, para los optimistas, China es la principal economía floreciente del mundo y un ejemplo, en contraste con la URSS, de cómo manejar la transición del comunismo al capitalismo.

El país que más ha ocupado los titulares internacionales durante 1993 es, por supuesto, Rusia, con el estallido del conflicto entre Yeltsin y sus partidarios en septiembre y la espectacular emergencia de los liberaldemócratas de Zhirinovski en las elecciones de diciembre. Este

estallido fue precedido por una serie de conflictos e incertidumbres relacionados con el desmoronamiento del régimen comunista: los prolongados conflictos étnicos e interestatales en las fronteras de la URSS (Nagorno-Karabaj, Georgia, Transdniéster, los Estados Bálticos), la continuada espiral descendente de la propia economía rusa, la incertidumbre relativa a los impulsos secesionistas en la regiones de Tatarstán, Bashkiria, Carelia y las regiones orientales de Siberia. Aunque daba la impresión que Yeltsin, en la crisis parlamentaria de diciembre de 1992, había ganado momentáneamente la partida, pareció perder la iniciativa política en los meses siguientes. La crisis de septiembre no fue en un primer momento una crisis violenta; pero cuando los elementos radicales nacionalistas y de izquierda aprovecharon el *impasse* entre el presidente y el Parlamento para organizar un levantamiento armado, Yeltsin reaccionó de manera desproporcionadamente represiva, con la pérdida de casi 200 a 800 vidas y con graves daños físicos y, aún peores, políticos y psicológicos. En este sentido, la crisis y las elecciones parlamentarias subsiguientes han resuelto pocas cosas: mientras la nueva Constitución otorga mayores poderes al presidente, las fracturas y la desmoralización del Estado y de la sociedad van creciendo. Esto significa que el futuro del Estado que ocupa una sexta parte del globo terráqueo, y con masiva trascendencia militar y política para sus vecinos, permanece asimismo incierto, sin fácil resolución, inclusive en el caso de que llegara a prevalecer alguno de los contendientes: occidentalizadores liberales, nacionalistas intolerantes, regiones secesionistas. Lo más destacado que ha acarreado el año 1993, por consiguiente, ha sido la incertidumbre en la orientación, tanto interna como internacional, de las tres grandes potencias.

Las potencias regionales: prominencia aplazada

Para las potencias regionales emergentes, el año 1993 ha representado la continuación de su ambivalencia, sobre todo debido a razones nacionales. Además de cuestionar la política de

los Estados más poderosos, el fin de la Guerra Fría ha creado una situación en la que, con la quiebra del orden preexistente, han surgido nuevas alianzas regionales y nuevos poderes hegemónicos potenciales: Alemania en Europa, Turquía en el Cáucaso, el Mar Negro y Asia Central. En el Extremo Oriente, las realineaciones no han resultado tan importantes porque la Unión Soviética era más débil, pero han alentado y coincidido con un aumento tanto del poder de China como del de Japón. No obstante, su impacto sobre Indochina, con la eliminación del papel soviético en Camboya y Vietnam, así como en la región del noreste asiático, es substancial y pertinaz. Algunos de estos cambios regionales nos devuelven a la situación anterior a 1914 (el modelo de alianzas en los Balcanes y en el Báltico son ejemplos de ello). Otros son nuevos, siendo la disputa turco-iraní en Asia Central sólo un descendiente remoto de otras anteriores.

En Europa la evolución de un sistema de posguerra fría ha avanzado lentamente. En el seno de la CE (Comunidad Europea), el Tratado de Maastricht ha sobrevivido, y la Unión Europea nació el primero de noviembre: pero el optimismo y la dinámica que habían acompañado a la firma del Tratado en 1991 parecen hoy haberse desvanecido y ha crecido la renuencia por parte de un grupo de países a dar respaldo al ideal de la unión europea. Ello ha tenido mucho que ver con los espinosos problemas económicos, de manera notable el desempleo, que han afrontado los Estados de la CE, pero refleja también la crisis más amplia de instituciones y perspectivas políticas. En las relaciones exteriores, la CE se ha mostrado incapaz de actuar: dividida y torpe en torno a la antigua Yugoslavia, indecisa con respecto al proceso de admisión de otros países, reticente a contemplar un nuevo acuerdo de seguridad, incapaz de presentarse con una consensuada posición común a las conversaciones del GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) con EEUU. Con todo, por lo que se refiere a las instituciones políticas de los Estados que la constituyen, no ha sido una crisis extrema, y una gran parte del trabajo de negociación y dirección

*“En las relaciones exteriores, la CE se ha
mostrado incapaz de actuar”*

ha proseguido: el simple hecho que un gran número de nuevos países hayan querido la adhesión ha constituido un signo de la credibilidad política y económica a largo plazo de la CE. El problema más importante de la Comunidad ha sido que la imagen de sí misma se apoyaba en una percepción de empuje, fuera en la integración interna o en la eficacia internacional, y ésta es la que tan dramáticamente ha faltado a comienzos de los años noventa.

Si esta incertidumbre se ha adueñado de la CE como organismo, se ha hecho igualmente visible en la política de las grandes potencias individuales, supuestas beneficiarias del final del comunismo. Así, en el año 1993, Alemania ha mantenido su cautela a la hora de asumir un mayor protagonismo internacional y ha seguido concentrando su atención en la absorción de los nuevos *länder* en la República Federal. Los persistentes actos de violencia de los grupos de jóvenes racistas y la discusión de la revisión de la ley de asilo han constituido indicios del continuado costo político interno del orden posterior a 1989. Turquía, que parecía una de las grandes beneficiarias del desplome del comunismo, con el surgimiento de un cinturón de Estados túrquicos 'desde el Pamir al Adriático', se encontró a sí misma no menos preocupada por los problemas internos, en este caso la irresuelta guerra de guerrillas que ha estado librando con el PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistan) y que ha costado cerca de 10.000 vidas desde 1984. Un alto el fuego, alcanzado con la mediación del mando kurdo irakí en la primavera de 1993, fue violado en el plazo de un mes y condujo a una intensificación de la represión por parte de las fuerzas antiguerrilla turcas contra la población kurda, una respuesta exacerbada por la actitud política demagógica y militarista del propio PKK. La otra potencia regional que, después de 1989, parecía beneficiarse en mayor medida del desplome del comunismo y de la URSS ha sido Irán: por vez primera en dos siglos, Rusia dejaba de tener frontera con Irán, y no había un enemigo de importancia en la frontera del país. Los propios mandatarios iraníes parecían creer que era alcanzable una nueva época de prosperidad económica y fraternidad islámica. Pero las vicisitudes que se han sucedido desde entonces han mostrado cuán falsa era esta

idea: Irán no está en situación de competir económicamente en Asia Central y su propia condición económica interna ha empeorado; las fuerzas políticas aliadas de Irán han fracasado en Afganistán, Tadjikistán y Azerbaidzhán; las relaciones de Irán con el mundo occidental han seguido siendo malas, y la inversión y el crédito exterior se han visto imposibilitados por diferencias políticas. Irán es virtualmente una potencia económica, estratégica y cultural fundamental en la región, pero ha quedado marginada como consecuencia de sus propias opciones en política exterior y ha ganado poco terreno desde el final de la Guerra Fría. En la misma medida que otras potencias regionales, Irán se halla limitada en sus opciones por diferencias y preocupaciones políticas nacionales.

En el Extremo Oriente, Japón ha permanecido inseguro acerca de su papel internacional y ha eludido cualquier compromiso en Naciones Unidas u otras acciones importantes: el papel de sus observadores en el mantenimiento de la paz en Camboya ha causado considerable incertidumbre en el país y, como en años precedentes, el foco de la atención política japonesa se ha centrado en las dificultades internas (escándalos en el seno de los partidos dirigentes y de la oposición, atasco de la economía, hundimiento de empresas hipertróficas e incluso una crisis en la familia real). Como Alemania y Turquía, Japón ha buscado un nuevo papel y ha ansiado acceder a un puesto en el Consejo de Seguridad. Japón ha estado reuniendo también los medios necesarios para producir, en caso de necesidad, una fuerza creíble de disuasión nuclear por medio de la acumulación de material nuclear enriquecido y del ensayo, al amparo de lanzaderas de satélites civiles, de una capacidad de misiles de largo alcance. Pero ni su consenso político nacional ni su orientación estratégica le han permitido por el momento asumir una postura internacional radicalmente distinta.

Conflictos regionales: desórdenes, parálisis, avances

Mientras que el modelo de relaciones de gran potencia ha permanecido incierto, una confusión aún mayor ha rodeado los diversos conflictos interestatales locales y étnicos que han dominado gran parte de la agenda de la

posguerra fría. En cierto sentido, el acento puesto sobre estos conflictos ha sido engañoso, por cuanto también la Guerra Fría fue, y en muchos períodos en mayor medida, una época en el que las guerras locales y los conflictos interétnicos causaban estragos. Es más, el final de la Guerra Fría, desde 1988 en adelante, ha ido acompañado de una ola de resoluciones de conflictos que habían sido agudizados por la confrontación de la Guerra Fría: Namibia, Sudáfrica, El Salvador, Nicaragua o Camboya han conocido todos ellos una mejora significativa como resultado de la disminución de las tensiones internacionales.

Por otro lado, algunas de las tendencias más alarmantes de 1993 eran muy anteriores a 1989: esto se aplica en particular a la proliferación de movimientos políticos comunalistas y fundamentalistas en una serie de países del Tercer Mundo, algunos de ellos islámicos (Egipto, Argelia), pero no así otros (India). En los Estados islámicos, los fundamentalistas no han conseguido llegar al poder, como ocurrió antes en Irán y Sudán, pero han mantenido una creciente oposición al Estado, militante y violenta, escogiendo como blanco de sus ataques tanto a mandatarios del gobierno como a intelectuales, y socavando las ya frágiles economías de esos países. En la India, los chovinistas hindúes del RSS (Ejército Nacional de Voluntarios) y de su correspondiente organización paramilitar, el *Shiv Shena*, han proseguido la campaña lanzada el año anterior con la destrucción de la mezquita de Ayodha: se produjeron choques violentos en Bombay y Calcuta, y creció la posibilidad de que el BJP (Partido del Pueblo Indio), la principal organización política de los comunalistas hindúes, alcanzara el poder. Del mismo modo en Argelia y Egipto, la corrupción y la incompetencia del ya viejo régimen secular y modernizador han abierto el camino al avance de una alternativa semifascista, que invoca la religión con el fin de desacreditar a los regímenes seculares que trata de reemplazar.

Además de la amenaza muy real que estos movimientos plantean tanto en sus correspondientes países como internacionalmente,

existen otras razones por las cuales el alcance de los conflictos locales ha provocado tanta intranquilidad: en primer lugar, el final de la Guerra Fría había suscitado esperanzas en un “nuevo orden mundial” que dichos conflictos han desmentido; en segundo lugar, éstos se han revelado especialmente espinosos, en parte porque no revestían ningún significado, más general, ideológico o estratégico y, por consiguiente, resultaban decididamente particularistas en sus aspiraciones; en tercer lugar, el impacto de estos conflictos sobre la opinión pública de los países desarrollados ha sido tanto mayor por cuanto un número considerable de ellos ha tenido lugar en Europa y no podían ser descuidados como productos del subdesarrollo del Tercer Mundo; por último, porque, si bien algunos de los conflictos habían existido con anterioridad al año 1989, otros han sido incitados o incluso creados por la defunción del sistema comunista (en Yugoslavia y en áreas de la antigua URSS). El orden multinacional autoritario de los Estados comunistas había dado paso a la mutilación criminal de Dushambé, Stepanakert, Sujumi y Sarajevo.

Si por sí solos estos conflictos han constituido una fuente de pesimismo y despertado el espectro de su propagación, especialmente hacia otras áreas hasta el momento comparativamente tranquilas de la URSS, la respuesta de la comunidad internacional ha sido otra causa fundamental de preocupación. En el caso de la antigua Yugoslavia, no sólo no pudo impedir que ocurrieran sino que ha tenido escasa incidencia en el desarrollo de la guerra y en las violaciones brutales de los derechos de la población civil involucrada e igualmente se ha mostrado incapaz de formular, no digamos de imponer, soluciones diplomáticas. El lamentable espectáculo de las iniciativas de Vance-Owen primero, de Vance-Stoltenberg después, en la antigua Yugoslavia, se ha reproducido en el Cáucaso, en Somalia, en el sur del Sudán y en otras partes. Han tenido gran importancia factores específicos que han inhibido la respuesta internacional: la división de opiniones en Europa sobre Croacia y Bosnia, la infravaloración de la fuerza del expansionismo

“El final de la Guerra Fría, ha producido una ola de resoluciones sobre conflictos”

serbio, el temor a reforzar un elemento "islámico" en Sarajevo. Pero si bien todos estos factores fueron relevantes, la razón común, subyacente, de la debacle de la reacción internacional respecto a Yugoslavia y a otras partes, radica en la política interior de los principales Estados occidentales. En ninguno de éstos Estados -Europa, EEUU, por no decir Japón- la opinión pública estaba dispuesta a apoyar el despliegue de un gran número de tropas en operaciones de mantenimiento de la paz, con todos los probables costes, duración y riesgos políticos que ello acarrearía. Por descontado, ha habido una falta de voluntad y de visión políticas por parte de dirigentes de relieve: pero esta timidez no carecía por completo de fundamento, dado el clima existente en los concernientes países y, sobre todo, la reticencia de la opinión pública norteamericana a apoyar tales acciones. Buena prueba de ello son las dificultades con las que la administración Clinton se ha encontrado, incluso en asuntos menores y claros, como Somalia y Haití.

Este comportamiento ha contrastado con la buena disposición a actuar de los Estados occidentales y algunos de sus aliados hace tan sólo tres años en el caso de Irak. Muchos habían abrigado esperanzas, o temores, de que ello conduciría a una nueva fase de intervencionismo, pero no fue así, como Bush tuvo ocasión de descubrir en su fracaso a la reelección. No han existido en otras partes ni el obvio interés material ni la clara cuestión moral ni la perspectiva de una victoria rápida, que determinaron a la opinión pública respecto a Kuwait. Y, sin embargo, incluso aquí, incluso con el desenlace de la "madre de todas las batallas", la incertidumbre ha prevalecido. A pesar de la derrota de 1991 y la imposición de sanciones a Irak, junto con la sustracción del tercio norte del país debida a las medidas de establecimiento de una zona de seguridad, el régimen de Sadam ha sobrevivido desafiante. Es más, Sadam dejó claro que tan pronto como surgiera la oportunidad, si algún día llegara, Irak reafirmaría su control sobre el norte kurdo y volvería a ocupar Kuwait. Mientras muchos fuera y dentro de Irak esperaban que Sadam, y con él el régimen entero, acabara derrocado, Sadam aguardaba su momento propicio y confiaba en que, en un futuro más o menos

lejano, se le permitiría reanudar sus exportaciones de petróleo. La política de Estados Unidos, proclamada por la nueva administración, ha consistido en proseguir una política de "doble contención" tanto hacia Irak como hacia Irán: aunque sostenible a corto plazo, esta política corría el riesgo de crear una alianza entre los dos regímenes proscritos de la región que minaría la estrategia de Estados Unidos y la de sus aliados árabes. Al mismo tiempo, tanto Teherán como Bagdad pensaban que finalmente Washington tendría que elegir a uno en detrimento del otro: de ahí su esperanza de que, si evitaban una confrontación de envergadura con Occidente, serían los primeros a los que se permitiría escapar de la política de doble contención.

Negociación y compromiso: los logros

Este patrón de ineptitud de las grandes potencias y de crecientes desórdenes étnicos y civiles no ha sido, con todo, universal: en algunos países el año 1993 ha venido marcado no por la regresión sino por la consolidación y algún avance bien que provisional. Uno de estos casos ha sido Camboya, donde, tras la más cara operación de mantenimiento de la paz jamás emprendida por Naciones Unidas, se celebraron elecciones en mayo bajo supervisión internacional, seguidas del establecimiento de un gobierno de coalición. A pesar de las importantes diferencias entre los principales partidos participantes, la mayor incertidumbre se refería a la reacción de los *jmers* rojos, que habían boicoteado las elecciones y permanecían atrincherados en sus reductos occidentales con una cantidad apreciable de armamento y recursos naturales bajo su control. Para sorpresa de la mayoría de los observadores, los *jmers* rojos no alteraron gravemente el proceso electoral, y en los meses siguientes parecieron perder la iniciativa, con desercciones en masa entre sus filas. Al mismo tiempo, parecía que el apoyo más importante de los *jmers* rojos, los militares de Tailandia, abandonaban también, bajo presión internacional, a sus antiguos aliados. No se han despejado las dudas sobre si el nuevo arreglo político de Camboya va a perdurar o a derrumbarse ante una acometida desde fuera o ante la disensión desde dentro; a primera vista parece haberse dado un notable paso adelante.

El caso más espectacular ha tenido lugar en Oriente Medio, con la firma el 13 de septiembre del acuerdo de principios entre Israel y la OLP (Organización para la Liberación de Palestina). Son pocos los que, conscientes del dolor que supone, han permanecido insensibles ante esta inesperada y, con todos sus defectos, grata noticia. Este acuerdo entraña desde luego peligros y deja muchas cuestiones sin resolver. Bien podría frustrarse; no es un acuerdo perfecto. Ha quedado cerrado por dos direcciones nacionales muy precarias. En una perspectiva histórica, resulta tremendamente injusto con los palestinos, los cuales terminarán, en el mejor de los casos, con aproximadamente un cuarto de lo que un día fue su territorio, y para los cuales no existe, a estas alturas, garantía alguna de conseguir un Estado soberano. Sin embargo, por razones de cálculo político y de optimismo humano ha sido un acontecimiento feliz de gran significación potencial: para todas las partes implicadas ha alumbrado alguna esperanza, ha sentado un punto de referencia para el progreso futuro. En el seno de las sociedades palestina e israelí ha despertado angustias a las que se puede y se debe hacer frente, por lo menos en parte mediante garantías internacionales. Sea como fuere, el principio del reconocimiento mutuo por parte de palestinos e israelíes, y la posibilidad de dos Estados, ahora está ahí con la aprobación de una gran parte del resto del mundo. Este acuerdo proporciona al menos una base fundamental, una base a la que remitirse, aun en el caso de que las cosas fueran a torcerse en los meses y años venideros.

Muchos se han preguntado si el acuerdo árabe-israelí podría funcionar. Quizá existen dos respuestas contextuales que concurren a inspirar algo de optimismo. La primera es que dicho acuerdo ha sido uno de los varios alcanzados en los pasados cuatro años, algunos de ellos relativos a conflictos mucho más cruentos que el árabe-israelí. Algunos de esos acuerdos han fracasado: Afganistán y Angola. Otros han tropezado con obstáculos infranqueables (Sáhara, Chipre) o desembocado en un Estado de peligrosa fragilidad (Camboya, Mozambique,

Sudáfrica). No obstante, otros acuerdos han funcionado de manera más o menos eficaz: El Salvador, Nicaragua, Namibia, Eritrea, Yemen. Lo más probable es que el acuerdo árabe-israelí encaje durante algún tiempo en una categoría intermedia, pero esta lista comparativa deja entrever que puede haber grandes sorpresas. Esta idea se ve reforzada por el importante papel que, junto con algunos factores internacionales, ha desempeñado otro marco contextual. Si hubiera que señalar, más allá del mutuo agotamiento y de la labor de muchos años de contactos secretos, las razones que han llevado a Arafat y Rabin a este compromiso, serían relevantes sobre todo tres factores: el final de la Guerra Fría, que debilitó la percepción en ambos lados de que existía un patrocinador exterior incondicional; la guerra del Golfo, que subrayó por medio de los misiles de Sadam la vulnerabilidad de Israel y socavó la confianza en sí misma de la OLP; y, quizás el más importante, el auge del fundamentalismo islámico, que presagia tanto para Arafat como para Rabin numerosos peligros en los próximos años, unos peligros que podrán afrontar mejor si llegan a algún pacto entre ellos. Suceda lo que suceda en Jericó o en Jerusalén, son estas condiciones persistentes y prominentes las que empujan a ambas partes, y a los otros regímenes árabes laicos de su entorno (particularmente Egipto), a la mesa de negociaciones. Como si trataran de apuntalar el tejado antes de que se desate la tormenta.

Si el acuerdo señala un cambio de actitud de los protagonistas, también obliga a cambiar de modo análogo a aquellos que lo siguen desde fuera, y ello por encima de todo en lo que atañe a la legitimidad del caso palestino. Para los observadores de fuera resultaba fácil criticar a los palestinos por no aceptar las realidades y la legitimidad de un Estado de Israel (en algún sentido abstracto, los palestinos ‘deberían’ haber aceptado la legitimidad de un Estado israelí en 1948, cuando se discutió por primera vez el plan de partición) y más teniendo en cuenta que la idea de los dos pueblos viviendo en un solo Estado, “democrático-secular” o como fuera, fue siempre una ingenuidad. Se ofrecían toda suerte

“El acuerdo palestino-israelí señala, al menos, un notable cambio de actitud”

de explicaciones que invocaban a la propensión especialmente poco realista, intransigente o antijudía de los palestinos. Pero eso era lo irrealista: no hay pueblo en el mundo que pueda aceptar que, en el espacio de dos o tres generaciones, la mayoría de su territorio nacional quede ocupado por colonos. De modo que los palestinos resistieron con todos los medios a su alcance, algunos de éstos, pero de ningún modo todos, censurables. Sólo cabe preguntarse cuál habría sido la respuesta en territorio americano, británico, o francés si se hubiera operado desde 1920 un cambio demográfico y territorial de análoga magnitud. El reconocimiento mutuo que encarna el acuerdo pone término a esta fase. Para los palestinos y para los israelíes, por consiguiente, el acuerdo abre la posibilidad, nada más que eso, de un futuro mejor, un futuro en el que, con el transcurrir de los años, puedan librarse no sólo del miedo a la guerra sino también de los sufrimientos del pasado.

Interpretando el mundo posterior a 1989

Estos acontecimientos, siendo como son fragmentarios y aún en curso, forman no obstante, un todo con la evolución del orden posterior a 1989, hacia el que podemos ahora volvernos. El mundo creado por este conjunto de cambios no se corresponde con un modelo simple y ha provocado, con razón, considerable perplejidad. En términos amplios, tres tipos de respuesta han dominado la discusión relativa a los aproximadamente tres años transcurridos. Una, la optimista, considera que el mundo ha progresado decisivamente y se encuentra en un período en el que ciertas metas deseables -paz, democracia, mayor prosperidad- se hallan ahora al alcance de todos. La segunda, que representa un pesimismo de izquierdas, afirma que nos hallamos en una nueva época imperialista, en la que el Norte es incapaz de ayudar al desarrollo del Sur, la destrucción ecológica no cesa de avanzar y EEUU aprovechará, por sí sólo o en colaboración con sus aliados tradicionales, las nuevas oportunidades de dominar el mundo. Finalmente, una forma alternativa de pesimismo, una lóbrega circunspección de derechas, ve en la quiebra del orden de la Guerra Fría una vuelta en varios aspectos al mundo anterior a 1914, o

al mundo de entreguerras, que conducirá a una agudización del conflicto entre Estados, a la proliferación nuclear y al hipernacionalismo.

Estos enfoques tienen el mérito de dar sentido al mundo pero son todos ellos deficientes desde algunos puntos de vista evidentes. La esperanza de que, en un plazo de tiempo realista, el modelo democrático y liberal se generalice en el conjunto del mundo es ilusoria, como lo es la creencia de que la rivalidad bélica y militar en cuanto rasgo característico de las relaciones internacionales vaya a declinar. Durante un breve período de tiempo en los años 1988 y 1989, cuando EEUU y la URSS colaboraron en la reducción de focos de tensión, el término 'nuevo orden mundial' tuvo un significado real aunque limitado. El desmoronamiento de la URSS lo ha despojado de este significado, y la proliferación de conflictos, no sólo en el Tercer Mundo sino también en los Balcanes, muestra lo infundado de tales ensoñaciones. Inclusive en su forma internacionalista liberal, según la cual las grandes potencias harán lo posible para contribuir a arreglar el mundo, esta perspectiva es engañosa, puesto que exagera la buena disposición de los gobiernos, o de las poblaciones, del mundo desarrollado, a la hora de asumir sus responsabilidades globales. La renuencia de cualquiera de los países occidentales a comprometerse en Bosnia, las reservas de la clase política japonesa y la confusión que rodea a la política exterior de Clinton lo corroboran.

La posición contraria obtuvo mucho respaldo de la guerra del Golfo, y fueron muchos los que quisieron extraer lecciones generales acerca del mundo poscomunista a partir de aquel hecho. Ahora, cuando acaba el año 1993, y a los dos años y medio del fin de aquella conflagración, es posible dejar de lado los análisis a menudo solipsísticos del porqué de la guerra y comprobar que sus críticos estaban equivocados en muchos extremos, en particular respecto a la significación a largo plazo del conflicto. Antes que nada, y a pesar de toda la destrucción que asoló Irak, el coste final fue mucho menor de lo que los críticos sugirieron en su día: el número total de bajas iraquíes fue aproximadamente de 10.000 -una décima o vigésima parte de lo que se proclamó- y, pese a

toda la retórica sobre el bombardeo de Irak “hasta devolverla a la edad de piedra”, la mayor parte de los daños de guerra se han reparado al año más o menos de su final. Estados Unidos no ha sido capaz de aprovechar la victoria para presionar a sus rivales económicos o a otros países del Tercer Mundo; el sentimiento militarista no ha mostrado ningún incremento sostenido en Estados Unidos, tal como Bush pudo descubrir para su decepción. Aunque algunos críticos sostienen que nada se logró con la guerra, ha habido consecuencias, y algunas de ellas significativas, si bien todavía incompletas: se han removido una serie de temas de Oriente Medio, incluyendo el árabe-israelí y, en Kuwait, los propios kuwaitíes han ganado una libertad de expresión algo mayor. La guerra del Golfo fue un capítulo importante pero esencialmente digresivo en los asuntos mundiales.

La perspectiva pesimista de un retorno a 1914 parece sustentarse en las nuevas formas de conflicto entre Estados y en el auge del nacionalismo, pero lleva la analogía demasiado lejos: en la situación actual, las principales potencias no llevan camino de enfrentarse bajo el influjo del nacionalismo y se muestran relativamente poco interesadas en pertrecharse de cara a acciones militares ofensivas; corre un torrente de nacionalismo en derredor, pero adopta una forma comunal, interétnica, diferente de la estratégica; los mismos Estados implicados en la escena internacional han cambiado profundamente desde 1914, de manera muy notable por la universalización de la democracia (ningún Estado importante gozaba del sufragio universal en 1914) y por el aumento de la prosperidad económica. Alemania, por citar uno, no es el mismo Estado que en 1914 o 1939: la juventud neonazi resulta repulsiva pero no peligrosa todavía para otros Estados, como sí lo eran el Kaiser Guillermo o Adolf Hitler. Nos hallamos, por consiguiente, en lo que constituye en muchos aspectos una nueva situación internacional, tanto en lo que se refiere al modelo del período posterior a 1945 como en términos más generales.

Esta perspectiva, y la pauta de los acontecimientos del año 1993, nos ofrecen al menos un contexto dentro del cual evaluar el modelo

más amplio del mundo de la posguerra fría. Los principales rasgos históricos y, por tanto, la originalidad de lo que ha sucedido a finales de los ochenta puede resumirse en pocas palabras. Un bloque de Estados, dominado por la URSS, que había entrado desde los años cuarenta en la competición entre grandes potencias con Occidente y que había desafiado, en la forma misma de la URSS, al mundo occidental desde 1917, se ha derrumbado. Hay que reconocer la originalidad del hundimiento de este sistema: ha ocurrido sin la mediación de una guerra entre Estados, en un espacio de tiempo muy corto, sin la presencia de formas evidentes de vanguardias u organización políticas y sin un apreciable derramamiento de sangre. Más aún, todas las revoluciones que se han producido desde 1789, habían pretendido en cierta medida desafiar la norma internacional o proponer algo “nuevo”; por el contrario aquellos que planteaban el cambio del orden soviético, no querían, como había sido casi siempre el caso, la creación de algo “inédito”, una alternativa al orden predominante en el mundo, sino antes bien una conformidad con ese orden, un reclutamiento e incorporación tan rápido y poco traumático como posible en lo que se consideraba la norma

predominante, llámese “mundo civilizado”, “democracia”, “Occidente” o “modernidad”. Son necesarias ciertas reservas de peso: la mayoría de los

que estaban sujetos al gobierno de partidos comunistas en 1988 (1.700 millones), lo están todavía (1.400 millones); no se sabe con seguridad qué tipos de gobierno surgirán en la antigua Unión Soviética o en muchos de sus antiguos aliados; el futuro modelo de la política exterior rusa sigue en la penumbra. No obstante, ha sobrevenido un cataclismo de enormes proporciones, un cataclismo que pone término no sólo a la Guerra Fría y al reto de la revolución bolchevique sino asimismo, a un largo período de la historia internacional en el que podía identificarse un movimiento de contestación al capitalismo hegemónico. A riesgo de lo que pudiera denominarse “megalopresentismo”, cabría sugerir que 1989 concluyó un período de la historia que se inició en 1789 con la Revolución Francesa. En tal sentido, el

“La perspectiva pesimista de un retorno a 1914 lleva la analogía demasiado lejos”

argumento de Fukuyama según el cual la novedad de la situación contemporánea consiste en que, hoy en día sólo existe un conjunto de respuestas aceptables a escala mundial, tiene considerable validez. En eso sobre todo consiste la importancia del año 1989.

En esta perspectiva, el “fin de la Guerra Fría” es un fenómeno heterogéneo que implica cuatro amplias tendencias históricas: todas ellas visibles tanto en 1993 como con anterioridad, van a tardar cierto tiempo en surtir efecto. En primer lugar, el fin de la Guerra Fría señala el final del conflicto entre Estados que ha dominado el mundo desde 1945 y el final de las confrontaciones nucleares entre la URSS y EEUU. Se plantean, obviamente, dos cuestiones prospectivas, a saber: si esto marcará el final de la rivalidad militar entre grandes potencias en su conjunto durante más o menos una generación, y si surgirá un nuevo modelo de bloques de Estados y de hegemonía para reemplazar al viejo. Lo primero se sostiene en un argumento que aparenta tener una fuerza histórica considerable: a lo largo de un siglo, desde la guerra sino-japonesa de 1894, las grandes potencias se han visto envueltas en confrontaciones militares importantes o en la amenaza de tal confrontación. Esta probabilidad parece, hoy por hoy, haberse alejado definitivamente y aunque algunos preven nuevos conflictos de grandes potencias en el futuro, se diría que el modelo del pasado siglo se ha quebrado. Por lo que se refiere a la hegemonía, se constata una situación de gran fluidez en la que no parece probable la emergencia de algún bloque de Estados capaz de competir con EEUU, pero donde precisamente EEUU, bajo la cautelosa presidencia de Clinton, se muestra renuente a desempeñar el papel de “Roma” que le ha adjudicado el desmoronamiento de la URSS. Esto abona, en buena medida, el argumento de que la guerra entre Estados queda casi excluida cuando se trata de Estados democrático-liberales y, de ser así, conviene estar atentos a la eventualidad de que alguna de las grandes potencias, Rusia, Japón o, a caballo de la depresión, EEUU, el Reino Unido o Alemania, pueda a largo plazo apartarse de este modelo.

La segunda dimensión del fin de la Guerra Fría es el final del comunismo en tanto que fuerza política. Como ya se ha indicado, éste es todavía un fenómeno limitado a Europa: pero la

tendencia en China parece indicar un deslizamiento hacia el capitalismo, si no hacia el liberalismo, y los restantes Estados comunistas son incapaces de proporcionar una alternativa internacional (Cuba, Vietnam, Corea del Norte). Suceda lo que suceda tras la muerte de Deng, es improbable una vuelta duradera al orden previo a 1978. Dos grandes cuestiones se plantean aquí: primera, cuál es ahora el futuro de una alternativa al capitalismo, si es que existe, y segunda, cuál ha sido el alcance histórico de toda la experiencia comunista. Respecto a la primera, no parece que, desde la izquierda, ningún programa de desafío político revolucionario al capitalismo liberal tenga crédito o apoyos serios: el reto comunista se ha agotado. Lo que permanece no son más que variantes de la versión socialdemócrata dentro del capitalismo avanzado, pero que se ven cada vez más restringidas, en parte por las condiciones internacionales y en parte por las cambiantes configuraciones políticas y sociales en el seno mismo de cada uno de los países. Se ha convenido en afirmar que el hundimiento de la socialdemocracia es parcialmente resultado del fracaso del comunismo: sin embargo, puede que sea, lo contrario, pues la dinámica de la socialdemocracia y equivalentes se quebró en la mayoría de los países avanzados en la década de los setenta (Gran Bretaña, EEUU, Australia, Alemania). En 1993 fueron reelegidos algunos partidos socialdemócratas -en España y en Australia-. Pero el partido francés fue desplazado, y el programa de acomodación, bien visible durante más de dos décadas, ha proseguido. Es precisamente por la ausencia de credibilidad de una vía intermedia, o tercera vía, por lo que los reformadores comunistas se encontraron, a finales de los ochenta, ante un margen de opciones tan estrecho.

La cuestión de lo que ha significado el comunismo, demasiado cercano como para permitir una fácil apreciación, ha dado lugar a varias propuestas de explicación: una tendencia dictatorial mediante la cual élites revolucionarias toman el control de su sociedad, un movimiento imperfecto de autoemancipación de la clase trabajadora, una expresión de mesianismo, un producto del despotismo oriental, un proyecto fallido de desarrollismo. Un autor juicioso (Perry Anderson, que cita a

Carlo Ginzburg) ha sugerido recientemente que el comunismo puede acabar siendo comparable al experimento de los jesuitas en Paraguay, un intento racional de aislar una sección del mundo respecto de las presiones internacionales y de sostener una vía de desarrollo alternativo, una vía que fue muy idealizada por los intelectuales de la época pero que terminaría por irse al traste sin apenas dejar rastro. Puede que la explicación más apropiada sea una que contemple diferentes elementos de las explicaciones propuestas más arriba: no deberíamos olvidar que este intento de sustraerse al camino convencional del desarrollo capitalista conoció durante algún tiempo un éxito notable, destacando el desafío militar e ideológico que lanzó a Occidente, pero acabó por ser obligado a capitular, y ello sin casi dar señal alguna de resistencia. Aunque ello se vea ahora como algo inevitable, no fue esa la impresión que dio el experimento comunista a lo largo de muchas décadas: tanto entre aquellos que lo respaldaban como entre aquellos que lo temían, existía la creencia en la eficacia de la intervención del Estado socialista que los acontecimientos posteriores han desmentido. Cuando menos, el derrumbamiento del comunismo merece un estudio cuidadoso desde la perspectiva de aquellos que creyeron en un desarrollo económico y social dirigido por una élite o dictado por el Estado.

El tercer elemento del fin de la Guerra Fría es la quiebra de la URSS y de su correspondiente sistema de alianzas, que ha conducido, entre otras cosas, a la fragmentación de los Estados, un proceso que se ha prolongado en 1993 con la ruptura de Checoslovaquia en enero y la independencia de Eritrea respecto de Etiopía en mayo. En este caso no está nada claro que se haya completado el proceso de fragmentación, no sólo por lo que se refiere a la Europa del Este sino también en lo tocante a la misma Rusia: la Federación Rusa se halla sujeta a importantes fuerzas centrífugas y puede todavía desmembrarse en tres partes bajo presión interna e internacional. Aun suponiendo que este proceso de fragmentación hubiera culminado, ya ha desencadenado poderosos cambios en la escena internacional.

“Resulta asombroso cómo hasta 1989 el mapa mundial sufrió escasas variaciones”

Así pues, el desplome del comunismo ha supuesto la ruptura con un “régimen” o norma que ha predominado desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y dentro de cuyos parámetros se mantuvo, con todas sus injusticias y arbitrariedades, el mapa mundial existente. Pese a todos los rumores de secesión y unificación que marcaron la época posterior a 1945, resulta asombroso cómo hasta 1989 el mapa mundial sufrió escasas variaciones. Algunos Estados alcanzaron la independencia, otros perdieron porciones de su territorio, pero la división de hecho en 170 Estados era prácticamente inamovible. Unificaciones o fusiones tuvieron lugar sólo por la fuerza y en los momentos de desconcierto que seguían a procesos de descolonización (Palestina, Sáhara occidental, Timor y, puede discutirse, el Tíbet). Sólo hubo secesión en Bangladesh, en 1971, pero se trataba de una entidad que estaba ya separada geográficamente del resto de Pakistán. Desde 1989 nuevamente están al orden del día tanto la fusión como la fisión: la fusión de los dos Yémenes y de las dos Alemanias será seguida, aunque con algo de retraso, por la de las dos Coreas y, probablemente, de una u otra forma, por la de las (tres) Chinas. Por otro lado, la fisión ha sido el destino de los Estados multiétnicos del antiguo sistema comunista (URSS, Yugoslavia, Etiopía, Checoslovaquia), con el resultado de que en el espacio de dos años han nacido más de veinte nuevos Estados soberanos. Nadie puede decir aún cuáles van a ser las repercusiones a largo plazo de este proceso, pero caben pocas dudas de que la ruptura del régimen posterior a 1945 incitará a que otros piensen también en la posibilidad de alcanzar la categoría de Estado separado. Ello afectará en mayor medida a unas áreas que a otras: pero es probable que partes de Europa y África, así como de la India, sean sometidas a un incremento de la tensión, ahora que se ha visto que la secesión está autorizada. Puede que el impacto de la fragmentación de 1989 termine (digamos, hacia el año 2000) por no resultar universal, sino que quede confinado en exclusiva a aquellos países en los que se ha producido una crisis del gobierno comunista. Esto no deja de

ser plausible, puesto que en la mayoría de casos en los que ha triunfado la secesión, la causa no ha sido sólo, o incluso no tanto, la fuerza del movimiento secesionista, como el debilitamiento, a través de la guerra o de cambios políticos abruptos, del poder del Estado central. Este debilitamiento es lo que ha caracterizado al mundo comunista y no es un fenómeno general: pero incluso en el caso de que en otras partes no ocurriera semejante debilitamiento del poder central, y el consiguiente surgimiento de nuevos Estados, el efecto de demostración de estos acontecimientos incitará a que diversos movimientos aspiren y luchen por repetir aquello que la ideología nacionalista presenta como un resultado conseguido únicamente por el esfuerzo secesionista.

Por último, el desplome del comunismo y la aparente extensión de formas políticas democrático-liberales a una serie de países del mundo poscomunista y del Tercer Mundo, han llevado a algunos a sugerir que una nueva era democrática global está próxima. Tal es en esencia el argumento de Fukuyama, aunque toma la precaución de aclarar que distingue entre sostener que no existe otro modelo viable al que recurrir y sostener que su consolidación en la totalidad de los países es inminente o hasta plausible. En cierto modo, esta afirmación resulta válida, por cuanto el final del comunismo, a pesar de la supervivencia del bloque comunista asiático, ha subrayado hasta que punto resulta inviable o poco atractiva la antigua vía revolucionaria alternativa de desarrollo político. En algunas partes del Tercer Mundo (Sendero Luminoso en Perú, los *Jmrs* Rojos en Camboya, el PKK-Partido de los Trabajadores de Kurdistán- en Turquía) siguen en pie los partidos dogmáticos de la izquierda tradicional, pero no ofrecen ninguna solución, si exceptuamos un mayor derramamiento de sangre, a los problemas que tienen planteados sus sociedades: los dos primeros sufrieron serios reveses en 1993. Se ha dado mucha importancia al desafío "islámico", de manera notoria por parte de los propios protagonistas del Corán, que dan a entender que con el colapso del comunismo han pasado a representar el auténtico desafío para Occidente: pero el islamismo no es ningún desafío para Occidente, de quien depende financiera y militarmente. Si

representan una amenaza para alguien es para las poblaciones mismas del mundo musulmán que se enfrentan a la perspectiva de décadas de gobierno en manos de regímenes incompetentes, crueles e ignorantes, que carecen de otras respuestas que no sean la demagogia y la pistola a las dificultades socio-económicas que se plantean a estos países.

No hay alternativa global al consenso dominante por el momento, y sin embargo este último es muchísimo más precario e imperfecto de lo que suponen sus partidarios. En primer lugar, el logro de un sistema democrático no es un proceso rápido o irreversible, sino que supone un largo período de transición hasta su consecución: Gran Bretaña y EEUU llegaron a ser plenamente democráticos, en el sentido de una persona un voto, sólo en la década de los sesenta, tras cientos de años de desarrollo, y muchos otros Estados se encuentran en el proceso de llegar a ello a través de varias formas de evolución "semi-democrática" (México, Singapur y Egipto son ejemplos que vienen al caso). En segundo lugar, nadie puede estar seguro del arraigo de un sistema democrático hasta, por lo menos, al cabo de una generación: la suerte de la República de Weimar y de un grupo de democracias del Tercer Mundo que parecían razonablemente firmes a lo largo de los sesenta y los setenta, debería mostrarlo bien a la clara. Las tensiones políticas en el seno de la mayoría de los países que han accedido recientemente al pluralismo indican que las cosas pueden tomar un giro distinto en los próximos años. El año 1993 nos ha dado suficientes ejemplos de ello: tensiones crecientes en una de las democracias más prolongadas del Tercer Mundo, la India; derrocamiento militar de un gobierno recientemente elegido en África (Burundi); crisis continuas del gobierno democrático en América Latina (Chile, Brasil). En tercer lugar, si bien el modelo autoritario de izquierda ha quedado desacreditado, no hay en absoluto unanimidad entre los Estados capitalistas respecto a la idea de que la democracia basada en alguna clase de modelo europeo-americano es lo más deseable. En Extremo Oriente, en particular, existe un grupo de Estados donde pueden identificarse formas alternativas de capitalismo, no de las más brutales pero con todo autoritarias, que podrían

proporcionar un modelo más atractivo para los antiguos Estados comunistas, entre ellos China e incluso Rusia. Además, la estabilidad a largo plazo de los propios Estados capitalistas liberales puede no estar asegurada, ya que una combinación de las tensiones socio-económicas y de la caída de la participación política amenazan las normas establecidas, que en sí mismas distan de ser ideales. Se dan también varias tendencias en el seno de la sociedad industrial avanzada que llevan más bien a socavar la democracia, como, en particular, las nuevas potencialidades de manipulación y vigilancia electrónica y mediática y el hundimiento de los movimientos de la clase trabajadora, que durante los tres primeros cuartos de este siglo garantizaron un cierto grado de compromiso político y social en estas sociedades.

Esta precariedad de la democracia tiene una doble implicación para el mundo de la posguerra fría. Primero, si hay alguna relación razonablemente vinculante entre democracia liberal y paz, entonces los árduos esfuerzos democratizadores tendrán un impacto importante en el curso futuro de las relaciones entre Estados. La condición previa para la paz en el mundo es la consolidación de la democracia a escala mundial. En segundo lugar, el proceso mismo de democratización, y el grado de presión al que están sometidos todos los Estados del mundo para acomodarse a él, ponen en primer plano la forma en que las normas internacionales y mecanismos tales como la ayuda exterior y las condiciones comerciales pueden obrar hoy día para imponer una sola modalidad de práctica interna política y económica. En otras palabras, se plantea la cuestión, ya suscitada por la propia caída del comunismo, de saber hasta qué punto, más allá de la aceptación de ciertas normas internacionales, el sistema exige también de los Estados que se adapten internamente o bien paguen un precio más alto por no hacerlo. Ésta ha sido siempre una de las dimensiones subyacentes a las Relaciones Internacionales, pero los acontecimientos recientes nos permiten considerarla bajo una nueva luz. No sólo en los mundos comunista y poscomunista sino también en los más avanzados Estados de Occidente, esta

cuestión de la competencia y la convergencia se refleja claramente en las reflexiones inquietas que suscitan los resultados alcanzados por los competidores económicos en los campos de la educación y la productividad: en ninguna parte es más evidente que en las recurrentes referencias que los dos principales candidatos en las elecciones presidenciales norteamericanas hicieron a la mejor actuación de Alemania y Japón en determinados indicadores clave.

El mundo creado por el capitalismo industrial sigue siendo un mundo singularmente desigual y dividido y, sin embargo, resulta llamativo hasta qué punto los Estados que desean competir en él se ven forzados con el tiempo a adaptarse y a converger. Puede, en efecto, hablarse aquí del *pathos* de la huida semiperiférica, el reiterado esfuerzo de algunos Estados, que se encuentran en una etapa intermedia del proceso de desarrollo, para acelerar este crecimiento mediante la adopción de formas de estrategia política y económica que burlen las normas establecidas: el comunismo en la izquierda, el fascismo en la derecha han representado ambos esta huida, como también en otros aspectos el régimen clerical-conservador del *Fianna Fail* en Irlanda o, en una época anterior, la institucionalización de la esclavitud en EEUU. Lo sorprendente es que el intento mismo de obviar el desarrollo conduce a su vez a una presión internacional hacia el ajuste, por medio de la guerra y la ocupación, en el caso de Alemania, Italia y Japón, por medio de la atracción y la erosión graduales de la excepcionalidad política a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta en el caso de España, Portugal, Grecia e Irlanda.

Una agenda para el futuro

Una agenda para actuar en este mundo nuevo contempla por lo menos cuatro temas diferentes. En primer lugar, requiere una evaluación equilibrada del reparto de poder en el mundo contemporáneo y de las posibilidades abiertas a aquellos Estados que gozan de la mayor porción de él. Ni una indulgencia benigna ni un rechazo antiimperialista que no se someta

“La precariedad de la democracia, tiene en estos momentos una doble implicación”

a revisión ayudarán demasiado a evaluar cómo, por ejemplo, cabe esperar que los Estados Unidos o el Reino Unido respondan a cuestiones de crisis estratégica o económica en el mundo contemporáneo. Si el capitalismo ha decepcionado a sus defensores, últimamente sobre todo, por la estupidez de su incertidumbre especulativa y su incapacidad para difundir su riqueza, también de vez en cuando ha sorprendido a sus críticos con algunos aciertos. En segundo lugar, requiere un reconocimiento en el seno de los países más ricos y poderosos del hecho que en el mundo de la posguerra fría resulta imposible, así como moralmente reprehensible, un repliegue hacia una definición estrecha del "interés nacional". La negativa a afrontar cuestiones ecológicas o de relaciones Norte-Sur, excepto en los términos más egoístas, es un índice de fracaso en la comprensión de las exigencias de la situación. Lo es también la abyecta falta de actuación sobre Bosnia: los miembros permanentes del Consejo de Seguridad están obligados, en virtud de su firma del Artículo 24 de la Carta, a asumir "como primera responsabilidad el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales", cosa que ostensiblemente han sido incapaces de cumplir en los últimos meses: la lógica sola aconseja que si esos países no quieren asumir este papel, deberían entonces abandonar sus asientos en el Consejo de Seguridad y dejar la puerta abierta a otros países que puedan ser más capaces de hacerlo.

El predominio en el área de los conflictos internacionales, y muchas otras áreas de debate internacional, de la cuestión del nacionalismo y del recurso a las justificaciones relativistas, refuerza la necesidad de un tercer componente de la política contemporánea, a saber, la insistencia prudente pero firme en los estándares y derechos universales. Hemos asistido a una eclosión y a una explosión de los nacionalismos y del particularismo en los últimos años, en gran parte confusos y perniciosos: sin entrar en el comentario detallado de lo justo y lo injusto de cada caso particular, se podría sugerir que ya ha llegado la hora de mostrar en general menos benevolencia y de abrir un período de benigna impaciencia universalista. Lo que más repugna en relación con los nuevos nacionalismos surgidos del mundo poscomunista es su indiferencia para con las normas establecidas de

conducta política y social, ya sea en lo que atañe a las minorías étnicas, a los disidentes o a las mujeres, y la indulgencia que demasiado a menudo se les demuestra, así como a movimientos nacionalistas y religiosos del Tercer Mundo, la opinión general de los países desarrollados. En muchos países poscomunistas tienen lugar prácticas repugnantes de discriminación basada en razones nacionales, no sólo en la antigua Yugoslavia sino en los Estados bálticos, Georgia, Rumania y en otras partes. Los países islámicos retornan en masa a la ley de la *sharia*, sin que a nadie parezca importarle que en varios aspectos, entre los que destacan la igualdad del hombre y la mujer ante la ley y la inflicción de castigos corporales, este código contradice completamente las convenciones internacionales de las que estos países son signatarios. En este terreno, el posmodernismo y la apología liberal actúan como servidores de la represión y la depravación.

En el plano estratégico-político, el interrogante es saber por cuanto tiempo un sistema de relaciones pacíficas y de cooperación entre Estados puede mantenerse en un mundo de posguerra fría: la cuestión es si los países capitalistas desarrollados, y en particular EEUU, están dispuestos o son capaces de contribuir a este proceso de un modo que, aun dando, desde luego, ciertos beneficios a los poderosos, responda también en alguna medida a los intereses del sistema en su conjunto. Es esto precisamente lo que tratan de alentar un grupo de movimientos radicales del Tercer Mundo, desde el CNA (Congreso Nacional Africano) y la OLP, hasta el Frente de Liberación del Pueblo de Eritrea, al tomar parte, crítica pero activamente, en el proceso de elaboración de la política exterior de EEUU. Un mundo de conflictos interestatales e intraestatales a nadie beneficiaría y sobre todo perjudicaría a los países más débiles.

Más allá de estos temas políticos, está por ver cómo las evidentes tendencias universalizantes del sistema político y económico mundial podrán imponer una difusión de la prosperidad y una reducción del abismo entre los Estados ricos y los Estados pobres. El problema más importante y, al mismo tiempo, según parece, más insoluble es fomentar la extensión a lo largo del mundo de los estándares

económicos y las libertades políticas que ahora disfruta, de manera relativamente segura, cerca de un 10% de la población mundial. Se trata de un tema muy debatido en el campo de la economía liberal y del marxismo durante las últimas cuatro décadas, y que ha conocido una notable confirmación en el interesante aunque imperfecto trabajo de Francis Fukuyama. Lo menos que puede decirse es que resulta difícil pronunciarse pero el hecho es que la renta aumenta en la mayoría de los países mientras la distancia entre ricos y pobres no cesa de ensancharse y nuevos problemas -ecológicos, demográficos, interétnicos- amenazan a muchos Estados. Como ha señalado Giovanni Arrighi, parecen existir rigideces muy fuertes en la jerarquía internacional: ha habido considerables cambios de posición en el grupo de los países con mayor renta, pero a la largo de un siglo y medio ninguno de estos países ha abandonado este grupo y sólo uno, Japón, se ha unido a él.

En términos generales, fue esa precisamente la cuestión que el comunismo intentó solventar en el curso de sus siete décadas de existencia. Fue un ensayo tosco, bastante exitoso durante cierto tiempo, pero muy costoso, de un proyecto de desarrollo alternativo, de una creación de Estados semiperiféricos. Ese ensayo se ha ido a pique frente a algunos proyectos de desarrollo

con mayor éxito y los Estados comunistas han sido devueltos, escarmentados y subyugados de nuevo, como si de peones fugados se tratara, a su lugar en la jerarquía capitalista internacional. El comunismo no acertó a ofrecer una respuesta que fuera políticamente aceptable o económicamente competitiva. Está por ver si el capitalismo lo consigue para la mayoría de la población mundial. Es una ironía que Karl Marx fuera alguien que justamente creyó que el capitalismo desarrollado podría transformar al mundo entero a su imagen y que, *grosso modo*, no lo estaba haciendo nada mal. A este respecto, por lo menos, el nuevo entorno internacional se asemeja mucho al viejo, entre otras cosas porque ha sido despojado de esas dos digresiones que han constituido tanto la cobertura artificial del colonialismo (1870-1960) como la quimera de una alternativa revolucionaria (1917-1991). Resulta pues que este entorno, en las cuestiones fundamentales que plantea, (paz, democracia y crecimiento económico), ha variado sorprendentemente poco a lo largo del pasado siglo y medio. En lo que se refiere a la crisis política y a la pauta general de la incertidumbre económica y social, los acontecimientos de 1993 resultarían bastante fácilmente comprensibles a los observadores de otra época.